



Notas madrileñas

Doña Gala

Victoria Armesto

Publicado en *La Voz de Galicia* el 24 de enero de 1964

En el otoño doña Gala Murguía de Castro nos dijo al despedirnos:

- Esta vez es adiós para siempre.

Tal posibilidad nos espanto, y le respondimos:

- No, doña Gala; usted ha de vivir hasta los cien años.

Pero ella movió la cabeza con mucha melancolía. En los últimos tiempos había perdido toda ilusión por vivir. Se sentía como un barco que ha soltado amarras y esta presto a abandonar el puerto. La muerte no asustaba a nuestra querida doña Gala. Como todas las almas religiosas, tenía fe en el más allá, y esperaba reunirse con sus seres queridos en el mundo en donde ya no se pena.

Nosotros, a pesar de sus 92 años, no queríamos aceptar la separación. Sentíamos que al marcharse ella, se extinguía algo precioso y muy nuestro. Algo que ya nunca recuperaríamos. Con doña Gala se acaba el linaje de Rosalía de Castro y de su esposo, don Manuel Murguía, historiador de las letras gallegas. Fue fatalidad que, habiendo tenido tantos hijos, de esta ilustre pareja no quede descendencia.

Se trataba de unas gentes de extraño y singular talento. No solo Rosalía y su esposo eran importantes, sino que también lo fueron primos como Pérez Lugín y los hijos de familiares, amigos y personas de su confianza, como don Alejandro Barreiro y don Juan Naya.

Eça de Queiroz, el Galdós de Portugal, también estaba emparentado, aunque lejanamente, con la familia Castro.

De los hijos de Rosalía y don Manuel, que eran todos muy bien parecidos, el de mayor talento artístico fue Ovidio, pintor muy interesante que se murió tísico en la juventud.

Uno de los cuadros que pintó Ovidio es el de su hermana, Gala, con el amor dormido en los brazos. Se hallaba este cuadro en el pisito de doña Gala, frente al camarín de Los Dolores. Doña Gala había sido una joven preciosa, con una belleza tierna y algo melancólica.

En la vida normal, empero, doña Gala no era tristonza, sino muy alegre y se interesaba mucho por las cosas. Tenía una naturaleza sana y robusta y llegó a los noventa años sin que le hubieran puesto nunca una inyección. Había en ella una raigambre campesina, un buen sentido natural y una cierta chunga.

Le gustaban los prados, los árboles, los niños y los "seriales" de la radio. Leer nunca leyó mucho y, desde la muerte de don Manuel Murguía, el polvo cubría los libros del erudito. Doña Gala no era una intelectual y yo tengo la impresión de que los artículos pedantes, los discursos y las solemnidades le producían un gran aburrimiento. Algunos visitantes también la abrumaban hablándole a todas horas de su famosa madre y acosándola a preguntas, sin darse cuenta de que doña Gala era tan solo una muchacha de 13 años cuando Rosalía murió, en 1885.



Por otra parte, doña Gala no era persona a quien le gustara vivir solo de nostalgias. Se interesaba profundamente por la vida y por los seres que la rodeaban. Cuando la conocí, siendo yo muy joven, me dijo que la imagen rosaliana había sido muy falseada, que su madre fue una mujer muy alegre y que se pasaba media vida tocando la guitarra. "Eso de que era una llorona no es cierto, y puede desmentirlo", aseguró con gran énfasis.

Después de aquellas primeras y únicas declaraciones, jamás volví a preguntar nada a doña Gala acerca de Rosalía. Parecía indelicado desviar la conversación hacia el recuerdo de aquel momento doloroso en que la llevaron a ver a su madre muerta.

Un día fuimos a Santiago y nos llegamos hasta la tumba de la poetisa. De vuelta hacia La Coruña, doña Gala me dijo:

- Antes de que cerraran la caja mi hermana Alejandra metió en ella un ramillete de pensamientos.

Luego supe que aquellos pensamientos conservaron durante años y años una singular frescura, como se vio cuando el traslado de los restos de Rosalía de Castro.

Al cruzar las rúas de Santiago nos cruzamos con un guardia, y doña Gala Murguía de Castro recordó un viejo estribillo que los chicos repetían en los años de su juventud:

Villeu, villeu,
cando eras como min
facías como eu...

La vida de doña Gala Murguía de Castro fue placida y modesta. Aún después de casada siguió viviendo con su padre, don Manuel Murguía, habitando el mismo piso de San Agustín, con los muebles que fueron los de Rosalía y que ahora pasaran, imagino, a la Academia. El tiempo se había estancado en la casa de doña Gala, quien, sin embargo, nunca perdió el contacto con el mundo que la rodeaba. Un par de veces al día la visitaba, solícito, don Juan Naya. Muchas veces le llegaban a la hija de Rosalía cartas de

América, donativos de sociedades o particulares que deseaban contribuir al bienestar de la única superviviente de la ilustre casa gallega. Hasta que la cortó Fidel Castro, de Cuba le venía a doña Gala una renta. Estos contactos producían alegría a doña Gala, pero ella necesitaba poco. Tenía metida en el alma la sobriedad y la hidalguía de la España Vieja.

Para ella misma doña Gala era sobria; para los demás, generosa. Sabía lo que hay que dar como propina y lo que hay que dar como regalo, si se quiere ir a la par con los tiempos. Doña Gala hablaba un gallego precioso; espero que algún erudito haya recogido su voz en magnetofón. Yo nunca tuve la suerte de oírle recitar un verso de su madre, pero una vez, hace años, visitando el pazo de Arretén encontramos a una centenaria que había sido costurera de Rosalía y que, desde su lecho, se puso a recitar a doña Gala estrofas de *Follas Novas* que nos produjeron una gran emoción.